

callar cuando quiere ó le devuelve la palabra á su antojo; es su periódico.

Los tiempos han cambiado y seguirán cambiando. La prensa de otro tiempo fué más literaria que la de hoy y, en tal concepto, debe ocupar aquí un lugar.

La opinión, las tradiciones republicanas, levantaban contra la voluntad de Bonaparte, amo no discutido en realidad, barreras que creyó prudente echar abajo. Por decreto de 27 de nivoso del año VIII, suprimieron los cónsules sesenta periódicos sobre setenta y tres. Algunos meses después, apoderado Bonaparte por completo del gobierno, escribía á Fouché, ministro de policía, que vigilase mucho los trece periódicos supervivientes; estableció una oficina de la prensa, encargada de censurar los artículos y de suprimir los periódicos al primer desliz.

Napoleón exageró las medidas que Bonaparte había adoptado algunos meses antes. La prensa tuvo que insertar sin comentarios las «notas» gubernamentales. El *Moniteur* daba la consigna. La prensa se vió amordazada y Napoleón sonreía al ver el celo de sus agentes, diciendo: «¡Qué imbéciles!» Hacían más de lo que se les pedía. El decreto de 1810 reorganizó la censura, y la hizo más rigurosa; el director de la librería pudo prohibir la publicación de un libro ó de un periódico. Tuvo derecho para hacer romper las prensas y llevar á los escritores ante los tribunales á quienes ya se había leído la cartilla. Así pues, desaparecieron los periódicos uno tras otro: de trece (en 1800), bajó su número á seis en 1810, y á cuatro en 1811. El año siguiente, la Prensa llegó á ser propiedad del Estado. El nuevo régimen instalado en Francia después de la caída del Imperio, concedía la libertad de la prensa en virtud de los artículos de la Carta constitucional de 1814¹.

No tardó Luis XVIII en ceder á las peticiones reiteradas del conde de Artois y de los ultra-realistas, y apareció una serie de decretos que imponían límites estrechos á los escritores; se restableció la censura preventiva, los delitos de prensa debían ser en adelante juzgados por tribunales especiales y el rey podía suspender ó suprimir un periódico mediante un real decreto. Se presentaron en la Cámara mensajes que expresaban el descontento de los partidos: escritores y publicistas, así conservadores como liberales, se unieron para luchar, figurando entre ellos Chateaubriand, Benjamin Constant, de Bonald, Camille Jordan, Royer-Collard, Lamennais, de Barante, Cousin, Guizot, Villemain, Mignet, Saint-Marc Girardin, etc., etc.

Por otra parte la protesta iba á resultar inútil, pues subía al poder el duque Decazes, jefe del partido liberal. El hecho capital de la legislación de 1819, fué el voto de una ley de prensa, en que, por primera

1. Sin embargo no faltan españoles tan obcecados y ayunos de conocimientos históricos que sostengan que Napoleón se propuso implantar la libertad en España. (N. del T.)

CAPÍTULO XII

LA PRENSA¹

- I. — Historia del periodismo durante el siglo XIX.
- II. — La Prensa política. — El periodismo de la Restauración. — Emile de Girardin. — Armand Carrel. — Louis Veuillot. — Rochefort, etc.
- III. — La prensa literaria. — El *Journal des Débats*. — Teófilo Gautier. — Jules Janin. — Sainte-Beuve. — Edmond About. — Villemessant. — Roqueplan. — Alfonso Karr. — Cronistas y críticos en la segunda mitad del siglo.
- IV. — Los periódicos ilustrados.
- V. — Caracteres del periodismo contemporáneo.

« Por la carretera de Holanda, viene un reître con botas de montar en dirección á París, al galope de su caballo. Toda la atención del jinete se concentra en el paquete bien atado que oculta en los arzones de su silla. En medio del bosque próximo, lo confía á un correo que sale á su encuentro y éste vuelve de noche, prudentemente por una puertecilla excusada al señorial palacio de su amo. Al día siguiente, sólo se habla del último número de la *Gaceta de Holanda*, en que Dubourg se burla despiadadamente del rey. Nadie ha visto la tal gaceta y todo el mundo la conoce y habla de ella; circula bajo capa con discreta habilidad y se difunde clandestinamente; el mismo rey acaba por tener noticia de ella y Dubourg, atraído á una acechanza, va á acabar sus días en el fondo de un negro calabozo del monte San Miguel, donde lo devoran vivo las ratas. » (*Loc. cit.*)

He aquí el periodismo de antaño; compárese con el de hoy. Todas las mañanas salen volando de las prensas centenares de miles de ejemplares como una nube de mariposas.

Los vendedores se reparten por las encrucijadas, los repartidores van depositando los números con su faja en las porterías; modestos empleados y obreras leen mientras van á su trabajo, las últimas noticias ó el folletín, al mismo tiempo que van comiéndose un panecillo. El buen burgués, en su casa, despliega tranquilamente su periódico. « El burgués de París, dice Alfredo de Vigny, es un rey que tiene todas las mañanas un cortesano, un lisonjero que, al levantarse, le refiere multitud de historias. No tiene obligación de convidarlo á almorzar, le hace

1. Este capítulo es, en muchos puntos, una refundición completa revisada y corregida de mi estudio sobre la *Prensa en el siglo XIX*, en la *Historia literaria* colectiva, publicada en la librería A. Colin, bajo la dirección de Petit de Julleville.

vez, hallaba su fórmula legal y sus aplicaciones esenciales el principio de la libertad de la prensa.

Un acontecimiento desgraciado, de que se acusó en aquel tiempo al partido liberal, el asesinato del duque de Berry, puso término á este estado de cosas y trajo consigo una violenta reacción. Nuevamente se aplicaron con rigor leyes de excepción: se creó una oficina del ingenio público, cada uno de cuyos miembros recibió un sueldo anual de 24.000 francos, y trabajó en consecuencia de su sueldo. Rugían sordamente las protestas en las « Ventas » secretas. La minoría liberal, sintiéndose sostenida exteriormente por la opinión pública, suscitó en la Cámara numerosos y tumultuosos incidentes y Chateaubriand, caído en desgracia, acrecentó su popularidad protestando contra la censura. La Restauración pagaba á varios escritores 1.500 francos pormes para que se callasen. Solo el periódico *l'Epoque* recibió 1.100.000 francos. El gobierno llamaba á esta maniobra « amortiguar la oposición ».

Carlos X hizo aplaudir el primer acto del antiguo conde de Artois, es decir la abrogación del decreto de 1824 sobre la censura. Á favor de esta aparente seguridad, publicaron los periódicos violentos artículos, y Montlosier escribió sus libelos: *Mémoires à consulter* y *Dénonciation aux Cours royales contre les Jésuites et contre l'Association de Saint-Joseph*, la cual regimentaba hasta á los criados. La represión fué ruda: Villèle sostuvo ante las Cámaras el proyecto de ley conocido en la historia con el nombre de « ley de justicia y de amor », obra de su colega de Peyronnet, ministro de la Justicia.

Chateaubriand, en un arranque oratorio de indignada elocuencia, anatematizaba « la ley vandálica ». Casimir Périer la resumía en éstos términos: « La imprenta queda suprimida en Francia. » La Academia francesa se conmovió y redactó una súplica al rey: Carlos X respondió á ella, privando de los diversos empleos que ocupaban á Lacroix, Villemain y Michaud.

La discusión dió lugar á un magnífico torneo oratorio: Casimir Périer y Benjamín Constant se mostraron apremiantes é incisivos y Royer-Collard agotó contra el proyecto su grave y vigorosa ironía. Salaberry llamaba á esta ley: « la décima plaga de Egipto ». Adoptada por la Cámara de diputados, fué rechazada por la de los pares.

El proyecto Portalis (14 de abril de 1827), más liberal, no contentó á nadie. Bajo el nombre de *Sociedad, ayúdate y Dios te ayudará*, algunos publicistas intentaron burlar las limitaciones que la censura imponía á la prensa; tuvieron sociedades afiliadas en provincia y *Comités de consulta*. La voz del pueblo rugía. Cuando Carlos X pasó revista á la guardia nacional, el 29 de abril, se oyeron gritos de: « ¡ Viva la libertad de la Prensa! ¡ Abajo los ministros! » Las exequias de Manuel y de La Rochefoucauld-Liancourt, dieron lugar á manifestaciones que

prepararon el motín de 20 de noviembre. La independencia de Grecia producía en los corazones un fermento de libertad. Villèle se sintió desbordado y presentó la dimisión. Sucedieron á esto actos de violencia: Cauchois-Lemaitre y Beranger fueron condenados por haber publicado artículos sediciosos; Polignac suprimió varios periódicos. El *Journal des Débats* publicó un violento artículo y se atrevió á escribir: « Coblenza, Waterloo, 1815, he aquí los tres principios y las tres personas del ministerio. Exprímasele, retuézacele y no goteará mas que humillación desgracias y peligros. »

El *Nacional* publicaba artículos de Thiers y de Mignet que atacaban violentamente á los ministros. Para distraer la opinión de los acontecimientos interiores, la « camarilla » que había hecho la guerra de África, se terminó con la toma de Argel. Parecía llegado el momento propicio para un golpe de Estado. Carlos X no vaciló y publicó el 26 de julio de 1830, las cuatro Ordenanzas. La primera asestaba un golpe mortal á la libertad de la prensa estableciendo la autorización preliminar. Reunidos en el *Nacional* los periodistas redactaron una protesta que fué el manifiesto de la Revolución. Las jornadas de julio decidieron de la suerte de la dinastía borbónica. Carlos X huyó y fué á refugiarse en Inglaterra. El « rey-ciudadano » Luis Felipe, fué reconocido por las Cámaras porque pertenecía á los 221 y á la rama menor. Como don de feliz advenimiento, Luis Felipe dió las gracias á la Prensa á la que debía el trono, abrogando la ley de 1825; la prensa quedó libre. Al periodo agitado, violento y de lucha del reinado de Carlos X, sucedió la calma. El periódico vivió una vida apacible, sin agredir al poder, dejando á la pequeña prensa ilustrada el cuidado de faltar al respeto á la persona real. La *Caricatura* representó á Luis Felipe en traje de albañil, ocupado en borrar las inscripciones de julio. Charles Philippon trató de demostrar que aquel albañil no se parecía al rey, y lo demostró con cuatro croquis en que la cabeza del rey se parecía á una pera. Fué condenado á seis meses de prisión y á 2.000 francos de multa. Entonces, se declaró abiertamente el movimiento reaccionario. El ministerio de 13 de marzo (1831) con Casimir Périer, como reacción contra los motines que saquearon el arzobispado y la iglesia de Saint-Germain-l'Auxerrois, multiplicó los rigores contra la prensa liberal á la que no satisfacían ni la sustitución de la rama menor, ni las tendencias reaccionarias del poder. Iban abriéndose camino el socialismo y las ideas comunistas. El partido republicano lograba afirmarse y gritó: « Viva la República » en las exequias del general Lamarque, en presencia de 75.000 fusiles. Las intenciones liberales del poder se desvanecieron por completo. En desquite un ciudadano disparó un pistoletazo contra el rey en la apertura de las Cámaras (19 de noviembre de 1832).

La Prensa no desarmaba y combatía en las filas de los dos partidos

de oposición que afirmaban cada vez más su existencia enfrente del poder: republicanos y bonapartistas. Después del motín de Barbés y Blanqui por una parte, y del desembarco de Luis Napoleón en Wimereux por otra, se multiplicaron los procesos de prensa, se organizó la resistencia; en los banquetes reformistas, los ciudadanos algo alumbrados, comentaban los artículos de los periódicos.

Las jornadas de febrero de 1848, derrocaron por medio de las barricadas al monarca entronizado por las mismas. La república de febrero dejó á la Prensa entregada á su capricho. Fué aquello el desencadenamiento de la licencia conquistada por vez primera; nacían innumerables periódicos. No había ninguna traba, ni timbre, ni fianza, ni declaración, ni autorización, ni condición de nacionalidad, edad ó moralidad; no se exigía nada. Para fundar un periódico, sólo bastaba comprar el papel. No tardó en imponerse la represión. Barbés había agregado á la palabra República: *Democrática y Social*. El partido republicano se dividía. Los socialistas dirigieron, el 15 de mayo, una manifestación contra la Asamblea constituyente mientras se recibían las noticias de las matanzas de Rouen y de Limoges. Se cerraron los clubs de Barbés y de Blanqui, y fué nombrado ministro de la Guerra el general Cavaignac que reprimió *manu militari* las efervescencias populares de las jornadas de junio. Restablecieron la fianza y el timbre de los periódicos, suprimieron doce de éstos, entre ellos, la *Presse* cuyo director, Emile de Girardin, fué reducido á prisión. Éste debía acordarse de ello más tarde, con motivo de las elecciones para la presidencia, y Luis Napoleón halló en él un ardiente partidario. Una de las medidas adoptadas contra la prensa demasiado libre, fué el exigir la firma de los artículos. El periódico dejó de ser un bloque compacto y fuerte; se disgregó en individualidades distintas y sólo éstas ganaron con el cambio. Esto contribuía á favorecer los intereses del ascendiente personal del escritor sobre las masas. Así se formaron Luis Veillot, Henri Rochefort y Paul de Cassagnac.

Después del voto de la Cámara que dió la razón á Luis Napoleón contra Ledru-Rollin á propósito de la expedición á Italia, dejó de existir la segunda República francesa y la prensa napoleónica redobló su audacia. En la revista de Satory, se gritó; *Viva el Emperador!* y este grito fué una realidad á partir del 2 de diciembre.

La prensa se vió en seguida amordazada por «el decreto orgánico de 1852» que prodigó las multas y abrió las prisiones. El *Figaro* fué censurado por haberse atrevido á hacer constar que cierta noche los faroles del bulevar del Príncipe Eugenio no habían sido encendidos á la hora debida. La oposición se refugió en la prensa exaltada de segundo orden que indicaba la temperatura de la multitud con tanta exactitud como las operetas de Offenbach y cuyos representantes llevaban

títulos expresivos: *le Rabelais, le Dandy, le Mousquetaire* y *le Bridoisson*. *Le Courrier du Dimanche*, más grave, protestaba con Prévost-Paradol: fué suprimido.

No tardó en tomar incremento la oposición á medida que el poder mostraba menos rigor. Desde 1864, la *Rive gauche* hacía oír *les Propos de Labiénus*; Aurelien Scholl, Castagnary, Siebeker y Weiss se colocan en la vanguardia. Neftzer fundó el *Temps*, de tendencia liberal, mientras Moisés Millaud, crea el *Petit Journal* á un sueldo, que da á la prensa una difusión desconocida hasta entonces en el pueblo; éste leía en dicho periódico con avidez las crónicas de Timoteo Trimm.

En 1867, se despierta el espíritu público. Los órganos de la oposición tienen tiradas de 128.000 ejemplares, mientras los periódicos oficiales apenas tiran 42.000, á pesar de la vigilante opresión de Latour-Dumoulin. La proximidad de las elecciones legislativas de 1869 «el gran reducto que había que conquistar» inquietaba al poder, que «sembró el oro y la prisión». La prensa se levantó de su abatimiento, se mostró animosa y fuerte, y combatió al Imperio. Rochefort encendió su *Lanterne*, Barbey d'Aurevilly su *Veilleuse* y Ulbach hizo sonar su *Cloche*. Los tres Hugos, Vacquerie, Meurice, Pyat, Louis Blanc y Lockroy hicieron una guerra enérgica y audaz en el *Rappel*. Los acontecimientos de 1870-1871 les ayudaron en su lucha contra el emperador que sucumbió. Durante la guerra y la Commune, reinó la mayor libertad y se crearon más de doscientos periódicos. La misma noche del 4 de septiembre, apareció uno llamado *la République*. Los demás son interesantes á título de documentos. Siguen la marcha de los acontecimientos y reflejan el estado del pueblo y de las cosas. Los *leaders* son Blanqui, Vallès en el *Cri du peuple*, Félix Pyat (*le Vengeur*), Rochefort en el *Mot d'ordre* y Pascal Grousset (*la Bouche de fer*).

La prensa se mostró muy belicosa. Félix Pyat abrió en su periódico una suscripción á un sueldo para ofrecer un fusil de honor al soldado que apuntase y tocase el emperador de Alemania. Recogió 300 francos. Pero en el cañón del fusil, quedaron en blanco el nombre y la fecha.

El buen humor no perdía sus derechos, y aun en medio del bombardeo se oían en los periódicos ilustrados las carcajadas de Andrés Gill, de Moloch y de Lepetit. Durante el bombardeo, el órgano de los miedos, *le Trac*, anunciaba que el periódico sería llevado á domicilio «hasta la bodega del subscritor». Otros se muestran menos risueños. *Le Feu grégeois* aconseja, que, si los prusianos entran en París, se haga saltar y derrumbarse todo por medio de la nitroglicerina, del picrato de potasa, del petróleo, y de la pólvora. Durante el sitio, al aspecto de los periódicos se adaptó á las exigencias de la época. Jouaust inventó el periódico de papel de seda, *le Moniteur aérien*, *la Dépêche-Ballon*, *le Ballon-Poste*. Como el papel escaseaba intramuros,

el periódico disminuyó su tamaño, no tuvo más que una sola hoja: era aquello la penuria, la privación, el sitio.

En los treinta años últimos del siglo XIX, ha adquirido la prensa un desarrollo y un carácter cada vez más determinado: se ha hecho el órgano de la información á costa de las doctrinas y de la crónica. El poder ha adoptado la opinión de Thiers:

«La Prensa puede ser libre sin peligro; sólo la verdad es temible, la falsedad es impotente y no hay gobierno que haya perecido víctima de la mentira.» La Prensa es libre con tal que el impresor y el gerente responsables firmen el periódico, con tal que la declaración de su publicación se haya hecho legalmente y con tal que se sometan á las leyes ordinarias relativas, ya á la difamación, ya á las injurias, y á las buenas costumbres. No les es permitido insultar ni al Presidente de la República, ni á los embajadores: pero tienen á su disposición á los ministros. Una de las pocas obligaciones que se les imponen es la de rectificar en el término de tres días toda noticia falsa que pueda causar daño. Las responsabilidades se extienden liberalmente al gerente, al editor, al autor, al impresor y al vendedor. La única restricción que se pone á su desarrollo es la prohibición que se hace á los vendedores de poder anunciar otra cosa que el título del periódico. Los directores de periódicos han procurado salvar la dificultad y han reemplazado el anuncio oral con títulos llamativos y grandes letreros en mayúsculas. Hay un arte completo para esta clase de anuncios. Hay que atraer la mirada y llamar la atención de la gente atareada y que corre, parándola por medio de una redacción breve. La actualidad es ahora el sésamo del periodismo. La literatura y los desarrollos van desapareciendo; todo se sacrifica á la información rápida y la prensa es el reino del reporter. El periodismo contemporáneo se hace con una bicicleta ó un automóvil, un kodak y un estilógrafo.

Nuestros periódicos tienen ó tuvieron en otro tiempo á su cabeza á hombres de verdadero valor como Magnard, Adrien Hébrard, Yves Guyot, J. Reinach, Arthur Meyer, sin olvidar al simpático presidente de la Asociación de periodistas, Sr. Alfred Mezières, ni á ciertos hombres ilustrados como Paul de Cassagnac, Ranc, Lockroy y Cornély, ni á algunos ingenios ó periodistas profesionales de gran experiencia como Xau, Judet, Périvier, Calmettes, Drumont, etc.

Jamás se ha podido amordazar la opinión en Francia sin violencia. La Bruyère decía: «Un hombre cristiano y francés de nacimiento, se halla cohibido en la sátira, por no serle permitido tratar los asuntos importantes.»

Sin embargo la libertad de pensar sabía abrirse camino en las canciones burlonas de la edad media, en las sátiras, baladas y libelos de todas las épocas. El siglo XIX asistió al nacimiento y explosión de la

prensa política. Hay que nombrar en primera línea á Chateaubriand á quien ya hemos estudiado¹.

De Bonald, su compañero en el *Conservateur*, optimista y dogmático, fué el campeón de la monarquía. José de Maistre, el teorizador de la teocracia y el terrible vengador de los reyes, podía decir de él: «No he pensado nada que vos no hayáis escrito, ni he escrito nada que vos no hayáis pensado.» Lamennais, el liberal ardiente, y el sacerdote tribuno, el romántico de la sotana, «el hijo de la tempestad», buscó con Montalembert y Lacordaire en su periódico *L'Avenir*, garantías tanto contra el despotismo como contra la anarquía, y creyó hallarlas en el desarrollo completo de la libertad según el Evangelio. Escritor patético, amigo de fantasear, apocalíptico, visionario, perturbador, grandioso, y vigoroso creador de símbolos, fué el apóstol de las tendencias democráticas y socialistas que se hallan diseminadas en las Escrituras².

Paul-Louis Courier, oficial aficionado que se ausentaba según las necesidades, campesino testarudo, propietario burgués, erudito atrabiliario que cayó víctima de las balas de un guardabosque, confió al periódico su pensamiento político, es decir: un gobierno que sea «una especie de cochero á quien pueda decirle la nación: ¡llévame allá!» Se mostró enemigo declarado del trono y del altar, de los emigrados, de los curas, de los magistrados, de los gendarmes, abogado de las mezquinas luchas de aldea que realzó con su fina sátira.

Benjamín Constant, teorizador de un liberalismo distinguido, menos brillante periodista que agradable novelista, flotó en medio de sus contradicciones que él mismo reconoció y admiraba, y que inspiraban al público al mismo tiempo entusiasmo y desconfianza.

Fiévée, el modesto tipógrafo, cantó la Revolución en la *Chronique de Paris* y en sus óperas cómicas, echó de menos la monarquía en la prisión, alabó á Napoleón en Inglaterra, le censuró cuando echó de ver que el emperador le alistaba en su policía, y se fué á alabar el antiguo régimen en su destierro de Nevers, convencido de que hay que cambiar con frecuencia de opinión para seguir siendo de su partido.

Bajo Luis Felipe, la política arrastró á casi todos los escritores: á Chateaubriand ya viejo, á Lamartine que soñaba con unir en 1831 «á los realistas moderados y á los liberales muy elevados y de manga ancha» (carta á Aimé Martin), independiente en un principio, evolucionando luego hacia la izquierda, hostil á lo que él llamaba «el partido de los marmolillos» y á la inmovilidad gubernamental, lo mismo á la política

1. En España siempre ocurrió lo mismo. El espíritu público se abrió siempre un respiradero en todas las épocas con las *Coplas de Mingo Revulgo*, las de la *Panadera*, las del *Provincial*, terribles por su cinismo y desvergüenza, etc., etc. (N. del T.)

2. Lamennais tuvo la suerte, no común en España, de encontrar en Larra un traductor elegante y castizo. (N. del T.)

de Thiers que al doctrinarismo solemne de Guizot. Formuló por medio de la prensa sus proyectos y su programa, cuyos puntos principales eran una Cámara única, libertad de la prensa, libertad de enseñanza, separación de la Iglesia y del Estado, sufragio universal graduado, centralización de los poderes, abolición de la pena de muerte, paz exterior y caridad social. Lamartine, orador de raras condiciones, debía ser buen periodista. Tenía el sentido y el don de la *frase*. Su pensamiento se condensa en una vibrante fórmula como la moneda en el troquel. Su papel final en el periodismo fué la publicación de una revista, *les Entre-tiens littéraires*, y de biografías populares. En otro tiempo, escribía para pensar y entonces escribía para vivir.

Guizot había empezado como periodista en el *Publiciste* de Suard, á razón de 150 francos por seis artículos al mes. Luchó por la libertad política. No le agradaba el poder absoluto, pero la democracia le parecía impotente. Conoció á Royer-Collard, que le hizo ver la grandeza de la idea monárquica, pero á su vez mostró á su ilustre amigo, con el estudio de lo pasado, la alianza secular de la monarquía y del pueblo; mezclando sus opiniones fundaron una minoría elegida en el partido monárquico condicional, los doctrinarios. No eran numerosos, y Rémusat se burlaba alegremente de su propio grupo:

Le parti s'étant attroupé,
Toute la faction pensante
Se tenait sur un canapé¹.

El tal canapé estaba dividido en dos fracciones, los jóvenes y los viejos. Eran éstos Royer-Collard, de Serre, Camille Jordan y Beugnot; entre los jóvenes figuraban Charles de Rémusat, el duque de Broglie y Germain. Guizot, á pesar de su edad, figuraba entre los viejos.

Thiers fué un periodista brillante. Él mismo decía: «No he conocido en mi vida más que tres periodistas, Rémusat, Carrel y yo.» Hubo también otros; pero Thiers poseyó en el más alto grado las cualidades de la profesión, los conocimientos extensos, la rapidez en la decisión y el estilo desembarazado, lógico y preciso. Escribió en los periódicos acerca de la pintura, de la literatura, de las actrices, de las catedrales y de la hacienda. Muy dado al trato social, muy ocupado por el principio de su *Historia* y por sus viajes, muy asiduo en los salones del Sr. Laffitte, de Ternaux, y del Sr. de Flahaut, seducía á los hombres políticos por la vivacidad de su conversación y por su curiosidad siempre despierta. El 3 de enero de 1830, fundó el *Nacional* con Mignet y Armand Carrel. Allí brillaron verdaderamente sus cualidades petulantes, que no se ha-

1.

Reunióse al fin el partido;
La facción inteligente,
Cabía en un canapé.

llaban en su centro en la redacción del viejo *Constitucional*, donde sólo se había lucido una vez, en un largo artículo, « artículo ministro », como se ha dicho, consagrado al folleto del Sr. de Montlosier « una pesadilla de 300 páginas ».

En el *Nacional*, pudo dar la medida de su capacidad; empezó por un artículo sensacional sobre la Carta, que presentó como un contrato bilateral, que ligaba igualmente al rey y al pueblo y dejaba á este último, con el voto de los impuestos, una influencia suficiente. Había que encerrarse en ella, y encerrar consigo al gobierno, y si pretendía salir, obligarle á « saltar por la ventana ». Sus artículos contra la rama primogénita, contra la expedición de Argel y contra la política del ministerio de Polignac en lo relativo á Grecia, hacían el efecto de balas.

Agustín Thierry vivió tres años en compañía de Saint-Simon, que no desconocía la importancia del movimiento comunal y hacía consistir el triunfo de las ideas modernas en la independencia de las poblaciones urbanas. Estos gérmenes produjeron sus frutos en el cerebro del gran historiador merovingio. Este colaboró en el *Censeur européen*. Fué independiente no por escepticismo, sino por la dificultad de hallar un gobierno que le satisficiera:

Aspiraba, dice, con entusiasmo, á un porvenir que no podía determinar, á una libertad cuya fórmula, si llegaba á darle una, era la siguiente: Un gobierno cualquiera con la mayor suma posible de garantías individuales y la menor administración posible. Apasionábame por cierto ideal de abnegación patriótica, de pureza incorruptible, de estoicismo sin orgullo y sin rudeza que veía representado en lo pasado por el Sr. Algernon Sidney y en lo presente por el Sr. de La Fayette.

No tardó en abandonar en el periódico la política y las diatribas contra el poder para consagrarse á la historia.

P.-J. Proudhon fué el orgulloso redactor del *Pueblo*, el apóstol de la tesis, de la antítesis y de la síntesis; lógico vigoroso, periodista declamatorio que halló en la asociación la única salvaguardia de las libertades individuales y confundió la propiedad con el robo, que soñó con una especie de federalismo económico separado de la política, estando dispuesto á realizarlo aunque fuese por medio del Imperio; que deseó una yuxtaposición de individuos colectivos y el reemplazo de la propiedad por la posesión transitoria y merecida.

Los Rémusat fueron una dinastía: el hijo de la célebre é ingeniosa Sra. Rémusat, Carlos, formado en la escuela de los doctrinarios, amigo de Thiers, autor de vigorosos artículos en el *Globo*, liberal en un principio, y luego hostil á la democracia, en virtud de un cambio general en todo su partido, bajo Luis Felipe, para ir á parar en un liberalismo mitigado, y sobre todo en elevados estudios filosóficos; el hijo de

Carlos, Pablo, que compartió su vida entre sus trabajos científicos y su abnegación á M. Thiers. La Guéronnière fué el rayo de luna de Lamartine, el camaleón político, redactor en jefe del *Pais* y fundador de la *France*.

De Genoude, el realista endurecido del *Conservateur*, del *Défenseur*, de *l'Etoile* y de la *Gazette*, hijo de unos taberneros, fué muy cómodo para los príncipes, periodista fecundo é incorrecto, y defensor á sueldo de la legitimidad; Luis XVIII le ennobleció diciendo: « Vámos á ponerle de por delante y por detrás á este valiente caballero del trono y del altar¹. »

Fué aquella la gran época del periodismo político y militante, la de insurrección y de leal audacia en que Martin Bernard, el burgrave de la libertad, decía: « ¡ Venían á nuestra casa á buscar papeles y encontraban balas! » ó también « el plomo de los soldados de Luis Felipe nos mataba, el cadalso del rey producía víctimas, sus agentes aprisionaban, ¡pero sus jueces creían en nuestra palabra de honor! »

Pero por encima de todos, se destacan dos figuras de gran relieve, dos periodistas de temperamento sin mezcla, Emilio de Girardin y Armand Carrel.

Emilio de Girardin ha quedado como el tipo más perfecto del periodista moderno, activo, emprendedor, manejador de ideas y de negocios, lleno de invención, una especie de comerciante de la literatura, que realza el comercio con la doctrina, un Voltaire en pequeño, un seide de la fama, un lisonjero del reclamo, un escritor que escribía al vapor y de quién decía severamente Sainte-Beuve « parece difícil conquistar ese nombre para las letras ». Emilio de Girardin nació en París en 1802 en tiempo del Imperio y murió el 27 de abril de 1881 bajo la presidencia de Grévy. Si se hiciese la historia de su vida, verdadera novela, se vería que era hijo de los amores adúlteros de la esposa de un consejero del tribunal, Sra. Dupuy, y de un teniente general que iba á ser montero mayor bajo la Restauración, el conde Alejandro de Girardin, perteneciente á una de las grandes familias del antiguo régimen. Este niño fué atribuido á una costurera suiza y llamado Emilio. Ya hombre maduro, debía rectificar por sí mismo los hechos. Escribía en la *Libertad* del 26 de marzo de 1867:

Aunque haya convenido al Sr. Vapereau persistir, á pesar de mis rectificaciones, en hacerme nacer en Suiza, nací en París el 22 de junio de 1802; ¿sería acaso mi madre, la Sra. Dupuy, la única mujer del primer Imperio, que incurrió en el error de echar al mundo á un hijo ilegítimo? ¿No me encuentro en muy elevada compañía? ¿De quién tendría que quejarme? Podía escoger entre tres nombres: el nombre de Emilio Dupuy que me pertenecía legalmente, el nombre de Emilio de Girardin que me perteneció de

¹ En efecto su nombre de familia era simplemente: Genou.

1802 á 1815 gracias á la ternura y al cuidado de que me rodeó mi padre y el nombre de Emilio sin más aditamento.

Desgraciadamente, en 1827, no poseía la experiencia que hoy tengo, y no tenía, con respecto á muchos asuntos, las ideas que he adquirido después; de otra suerte hubiera cifrado mi orgullo en llamarme Emilio á secas.

¡ Emilio! Es el nombre predilecto de J.-J. Rousseau y el futuro doctrinario de la Prensa, había sido puesto de esta suerte desde su menor edad bajo el patrocinio del filósofo, que fué preceptor de su abuelo, Luis Estanislao de Girardin, autor de *l'Itinéraire des jardins d'Ermenonville*. Emilio no quiso repudiar este padrino, y fué en verdad el ahijado de Juan Jacobo cuyo recuerdo estaba aún muy vivo en la familia que le había dado albergue.

Quando la Sra. de Girardin escribió más tarde *la Joie fait peur*, ponía en escena una anécdota verdadera que tuvo lugar en la familia de Lessert, descendiente de aquella Sra. Boy de La Tour, que albergó al filósofo en Motiers.

La Sra. Dupuy, madre de Emile de Girardin, tenía por nombre de familia Fagan: ella es la famosa *Jeune fille à la colombe* de Greuse. El Sr. Alexandre de Girardin tenía buen gusto. Emile firmó á veces Fagan. En la época en que entró en la vida, la nueva generación acababa de enterrar á los últimos descendientes de René y se consagraba por completo á la acción. Fué en verdad un hombre de su tiempo por su actividad y su resolución. El niño expósito se plantó frente á la sociedad y se propuso conquistarse en ella un elevado puesto. Se trazó á sí mismo su programa en su primer libro, curiosa autobiografía á la que llamó *Emile* y en la que cuenta su vida:

Habría, dice, un carácter muy interesante que desarrollar en una novela; el de un joven nacido como yo sin familia y sin fortuna, que reemplazase con su sola energía todo lo que le faltaba y cuyas fuerzas fuesen creciendo con los obstáculos. Un joven que llegase á conquistar una brillante posición gracias á su carácter; que, lejos de dejarse abatir por las dificultades, no pensase sino en vencerlas y, esclavo únicamente de sus deberes y de su delicadeza, hubiese logrado llegar, conservando su independencia á un puesto bastante elevado para atraer hacia sí las miradas de la multitud y vengarse de esta suerte de su abandono.

Vió y previó con precisión las exigencias de la lucha por la existencia; y se lanzó á ella sin ilusiones, con el valor de la clarividencia:

Para salir de la obscuridad no hay más que un medio: arañad la tierra con vuestras uñas, si no tenéis herramientas, pero arañadla hasta que hayáis arrancado una mina de sus entrañas... Cuando la hayáis encontrado, vendrán á disputárosla, tal vez á quitárosla; pero si sois el más fuerte, vendrán á adularos, y cuando no tengáis necesidad de nadie, acudirán en vuestro auxilio.

Se armó desde el principio de punta en blanco y no fué vencido. Forzó la entrada de la sociedad; era elegante, distinguido, atrevido, animoso, y se hallaba fortificado por la libre educación que había recibido en Normandía, en casa de un palafrenero de las yeguas del Pin. De salud robusta, declaraba con orgullo que no sabía lo que era una enfermedad. Por otra parte no negaba la pinta; era de rostro agradable, de maneras corteses, intrépido y ambicioso. El fondo de su naturaleza lo constituía una gran delicadeza de corazón. Comprendió muy pronto que el dinero es el nervio de la lucha. Había perdido en especulaciones desdichadas lo que poseía. Sacudió el polvo de oro de su calzado en la escalinata de la Bolsa y recogió una pluma y un nombre. Firmó, sin estar autorizado para ello, Émile de Girardin, dispuesto á defender la causa de los hijos abandonados si su padre protestaba. El general de Girardin no dijo una palabra, ya porque le gustase aquella gallardía, ó porque oliese en él á un luchador temible.

Explorando con su mirada de fiera el campo de la literatura, vió un puesto que tomar, que nadie sospechaba y en el que nadie había pensado. Inventó la Prensa barata y adivinó el porvenir inmenso de esta institución, hoy día próspera y rica. Fué su creador, y ésta es su obra magna. Recordó tal vez la frase de Benjamín Constant que quería que se hiciese del periódico « el libro de los que no tienen ninguno y que es leído por el mendigo lo mismo que por el rey ».

La prensa de su tiempo no tenía bastante alcance. La suscripción costaba cara y había pocos suscriptores. Había que extender y vulgarizar este comercio. Emilio de Girardin se consagró á ello. Probó primero sus fuerzas con publicaciones populares de reproducciones literarias ó de modas. La revolución de 1830 le ofreció medios de aplicar su idea y de intentar el experimento en un campo más vasto, en el momento en que los espíritus emancipados, las ideas en ebullición y los partidos en efervescencia iban á chocar entre sí y á cubrir el mundo con una lluvia del centellas.

Sometió su proyecto á Casimir Périer, proponiéndole que pusiese el *Moniteur* á un sueldo, aceptando anuncios. Ni siquiera le respondieron. Entonces hizo él mismo el ensayo. Su *Journal des Connaissances utiles*, á 4 francos por año, tuvo 130.000 suscriptores. Ya sabía á qué atenerse acerca del valor de su idea, podía utilizarla y así lo hizo. El éxito favoreció á su periódico el *Musée des Familles*; su *Almanach de France* alcanzó una tirada de 1.200.000 ejemplares; igual éxito tuvieron sus demás empresas: *l'Atlas universel* á un sueldo el mapa, y el *Journal des Instituteurs* á 36 sueldos por año. Fueron estos negocios puramente comerciales y ya no se hablaría del Sr. de Girardin, si se hubiera limitado á ganar mucho dinero distribuyendo como pasto al público novelas á rebanadas ó periódicos de interés local. Aquel

espíritu audaz concibió el proyecto de aplicar su sistema en esfera más elevada y hasta de vulgarizar las doctrinas, de difundir por millares de ejemplares la obra de los pensadores y la obra de los hombres políticos, de democratizar la filosofía de la historia. ¡ Creó la gran prensa barata!

Al principio tuvo la suerte común á todos los inventores; vió al propietario de *Droit*, Dutacq, aprovecharse de la idea que le había sometido y publicar le *Siècle* según la nueva forma. El asociado se convirtió en competidor. Emilio de Girardin no se desalentó, reunió nuevo capital y confió la dirección del prospecto á Víctor Hugo, que escribió: « Esta obra será la formación apacible, lenta y lógica de un orden social en que los nuevos principios planteados por la Revolución francesa, hallarán al fin el medio de combinarse con los principios eternos y primordiales de toda civilización. Tratemos de atraer á la idea aplicable del progreso á todos los hombres de mérito y entusiastas para formar un partido superior que se proponga la civilización de todos los partidos inferiores que no saben lo que quieren. »

Rodeóse de colaboradores que fueron: F. Soulié, A. Dumas y Th. Gautier para las bellas artes; Granier de Cassagnac, Méry, Esquiros, Fiorentino, Léon Gozlan para las crónicas de París. Su gloriosa esposa, cuyo nombre de familia era Delfina Gay, hacía crónicas mundanas en los periódicos que fundaba su marido; de espíritu agudo, flexible, picante, ligero, paradójico, el autor de *Chapeau d'un horloger* y de *la Joie fait peur* trataba con el mayor ingenio los asuntos más frívolos con ironías delicadas y con una emoción que jamás experimentó. Firmó le « *Courrier de Paris* » en la *Presse* con el seudónimo de vicomte de Launay. El público se disputó las acciones y la *Presse* fué un arma poderosa, una formidable máquina de guerra (1 de julio de 1836).

Semejante innovación alarmó á dos clases de colegas: á los comerciantes de la pluma que tenían una competencia terrible, y á los representantes del periodismo puro, caballeresco, del apostolado por la prensa. El tipo más perfecto de este partido era entonces Armand Carrel, uno de los más nobles caracteres de aquella época, de quien escribió Víctor Hugo:

Todo lo que sé de él, ya por sus obras, ya por sus amigos, la naturaleza ruda y fuerte de su talento y de su carácter, esa vida llena de honor y de valor, disputada desde muy temprano á los tribunales políticos, todo, hasta la única vez en que hablé con él en casa de Rabbe, y en que tuve, según me habían dicho, la desgracia de mortificarle, animados como estábamos ambos de la exaltación política en sentido contrario, todo me ha inspirado desde hace largo tiempo hacia el Sr. Carrel una de esas profundas simpatías que generalmente se resuelven en amistad tarde ó temprano.

Armand Carrel tenía entonces 36 años. Salido de la escuela de Saint-